

LOS RITOS MUDOS



NEREA PALLARES
LOS RITOS MUDOS

Título: *Los ritos mudos*.

Primera edición: septiembre 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Nerea Pallares.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Prólogo: © Valeria Correa Fiz.

Foto del autor: © Lucía Bailón.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-121675-9-7

Depósito legal: AB 365-2021

IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

Prólogo

La belleza de lo terrible

Ser cuerpo es estar anudado a un cierto mundo.

Maurice MERLAU-PONTY

*Pues la belleza no es nada / sino el principio de lo terrible,
lo que somos apenas capaces / de soportar, lo que sólo admiramos
porque serenamente / desdeña destrozarnos.*

Rainer Maria RILKE

Si partimos de la hipótesis etnográfica-antropológica de que el aspecto verbal-auditivo de los ritos es una parte esencial de los mismos, advertimos que Nerea Pallares, desde el título, nos propone una lectura de estos relatos en clave paradójal. Desde el sintagma *Los ritos mudos* se nos advierte que no estamos ante esas viejas y conocidas prácticas públicas y sonoras. Ahora que los antiguos ritos sagrados se han ido perdiendo y que las viejas ceremonias no nos unen, la autora se pregunta y nos pregunta: ¿qué es lo que adoramos o consagramos como sociedad?, ¿qué prácticas nos reúnen como grupo y cuáles nos definen como individuos?, ¿cómo podremos redimirnos? Esta colección de relatos, como toda buena literatura, no nos ofrece respuestas, pero sí una cartografía de ciertas ceremonias individuales y de prácticas colectivas que se celebran en la actualidad o, conjetura Pallares, que se celebrarán en futuros quizá más cercanos de lo que creemos.

El libro está organizado bajo cuatro secciones, «Separación», «Sacrificio», «Adoración» y «Redención», que aluden a diferentes fases rituales y en las que resuenan acertadamente el título elegido. Estos cuentos están unidos no solo por la temática de la sección en la que están distribuidos, sino por una poderosa y reconocible voz autoral y porque tienen en común la voluntad de explorar el horror íntimo que padecen sus personajes y de exhibir las distintas formas del mal que pueden aquejar el cuerpo (orgánico y emocional) de los más débiles. ¿Por qué digo el de los más débiles? Porque los protagonistas de este libro están sometidos a circunstancias u a otros personajes mucho más poderosos que ellos. La inminencia horrosa del daño o la agresión sobrevuela todas las tramas desde sus primeras líneas y, por lo tanto, el cuerpo siempre tendrá algo relevante que decirnos en este libro. A veces, nos habla visceral y directamente; otras, con un lenguaje de gran calado lírico que no está reñido con el discurso político y social que articula estos relatos. Del modo que sea, el cuerpo siempre se hace oír. Lo hace a través de su dolor o placer, de sus usos y/o abusos de parte de terceros, desde la dolorosa compañía del amor o desde la más abismal soledad. De notable factura es el cuento «Fä», donde Pallares se atreve también a hablarnos de un uso distópico del cuerpo, como lo hiciera H.G. Wells en *La isla del doctor Moreau*. La novela del autor inglés apuntaba a poner de manifiesto cómo, sin límites éticos, la ciencia podía devenir en una actividad terrorífica del hombre, tal como lo había hecho Mary Shelley en su *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Ese debate relativo a los límites de la ciencia lo retoma la autora de esta colección en un cuento siniestro y muy actual, escrito dentro del marco de un posthumanismo desenfrenado. Insisto, ya sea en cuentos de corte mimético o fantástico, el cuerpo es presentado en *Los ritos mudos* como el campo de batalla donde los conflictos miden sus fuerzas. Cielo o Infierno resueltos en la carne. Aunque este planteamiento podría conllevar el riesgo de caer en el tremendismo y en lo bizarro

de determinadas situaciones, considero que aquí, con gran talento y sensibilidad, Pallares ha sorteado ese peligro.

Los espacios narrativos son otro de los grandes aciertos de esta colección de relatos. Niñas cercadas por la espesura de los juncos que nunca supieron lo que era el horizonte; una ciudad cuya protagonista no reconoce ni recuerda, con el cableado tendido en el piso como una culebra muerta; una habitación que huele a carne retenida; la puerta de entrada a una fiesta que se abre con un insulto; una ciudad que ofrece paseos entre el feísmo arquitectónico y otro conjunto poblacional que tiene la exasperante geometría de ser un círculo perfecto, un diseño radial en un claro del bosque; o el tejado de la casa de Julián, que es un cementerio para pájaros, son algunos de los espacios ominosos que presagian la experiencia del daño, crueldad o violencia que padecerán sus personajes.

Si hubiese que elegir una marca autoral de la escritura de Nerea Pallares, yo diría que se encuentra en ese espacio exiguo y delicado donde se cruza la belleza con el horror. Baste como ejemplo citar el cuento inicial, «Los días salados»: «Éramos niñas sucias y terrestres que soñaban con el mar. Niñas maquilladas con barro seco en las mejillas, camufladas de lo que vibra y se calienta desde dentro de las casas. Éramos niñas lombriz nacidas del lodo como un vientre, buscando un hueco, un verano limpio, por el que colarse». Estos relatos destilan una propuesta estética afín a esos versos de Rilke que, en *Las elegías del Duino*, nos advertía cuán cercanas están las categorías aparentemente antitéticas de la belleza y lo terrible. Pallares ha tomado debida nota de esta advertencia y ha conseguido plasmar a través de un lenguaje de una precisión quirúrgica, y que no renuncia a la poesía, una realidad otra, un lenguaje-estilete que en cada cuento marca al lector con un corte bello que incomoda, perturba y duele. Pallares kafkianamente sabe que «un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros».

La puerta de acceso a esa realidad otra es la aparición, en todos y cada uno de los relatos, de lo que el crítico Mark Fisher llamó *lo espeluznante* y que Sigmund Freud muchos años antes había denominado *lo siniestro*. En lo siniestro, el juego de lo familiar y de lo extraño es paradójico: la fuente de pavor no es lo extraño en su oposición inmediata a lo familiar, sino que lo que antes era familiar emerge bajo un aspecto amenazante, peligroso, y que a su vez refiere algo conocido desde siempre que ha estado oculto, en la sombra. Porque, digámoslo pronto, en estos cuentos el secreto, lo oculto o lo no comunicado (es decir, lo *mudo*, tal como se nos advierte desde el título) son de vital importancia. En este sentido, es de destacar la habilidad técnica de Pallares a la hora de articular tramas minuciosamente concebidas y que dosifican la información con gran manejo de la tensión narrativa. Estos cuentos oscuros se leen conteniendo el aliento y sin descanso hasta llegar al punto final. A propósito de los finales, es de destacar también cómo muchas de estas tramas que anudan el horror con el daño o la violencia sobre el cuerpo se resuelven en un silencio elíptico, en una pincelada poéticamente balbuceada o en un grito sofocado que el lector intuye pero que el cuento no pronuncia. No son finales crípticos ni herméticos, sino finales que confían en la inteligencia de quienes los leen. Pallares sabe que la lectura es, ante todo, una recreación de la escritura. Como lectora, agradezco la generosidad de la autora que, con su economía de trazo, me permite imaginar los detalles del desenlace que ha cuidadosamente elaborado para su lector/a.

Para terminar, solo quiero agregar que estamos ante una colección de relatos que son el fruto de una imaginación poderosa y de una visión crítica de la realidad que nos rodea (la pregunta acerca de si sabremos redimirnos o si, por el contrario, asistiremos a una progresiva disolución de los vínculos como una expresión de la solidaridad con el otro, sea quizá la más potente de todas las que se formulan a lo largo de esta colección de relatos). Los cuentos, en su género, estilo y va-

riedad temática, son muy diferentes entre sí y exigen toda la disposición y atención lectoras: en cada uno de ellos hay una poética y en cada poética, una concepción del mundo. Invito, sin más dilación, a que lean este libro feroz, escrito con una prosa de intensa belleza, y a la vez sumamente conmovedor.

Valeria Correa Fiz

*... el lugar de la herida
en donde hablamos nuestro silencio.*
Alejandra PIZARNIK

Separación

Los días salados

Éramos niñas sucias y terrestres que soñaban con el mar. Niñas maquilladas con barro seco en las mejillas, camufladas de lo que vibra y se calienta desde dentro de las casas. Éramos niñas lombriz nacidas del lodo como un vientre, buscando un hueco, un verano limpio, por el que colarse. Nos habían prometido playas y vacaciones amplias y tan perfectas como las que brillan en los anuncios de las marquesinas, como las que tienen los niños que no se cansan de reír desde los postes. Ellos le habían puesto un precio y un final al invierno. Y todo tenía que llegar.

No va a llegar. Me decía Yanina, siempre demasiado enfadada para tener doce años. Pero tenemos que ser más listas que ellos. Severa como una niña soldado. Yo te voy a decir cómo.

Ellos sabían que no habríamos resistido si no fuera pensando en que después de todo vendrían los días salados. Por eso nos mintieron en invierno. Pero llegó el calor a la ciénaga, deteniendo el aire y el tiempo en un solo movimiento, y no hubo mar. Mejor así, decían, ¿verdad que es insoportable la obligación de ser feliz cuando se está de vacaciones? Aquí somos libres, podemos hacer lo que queramos. Y un año más nos buscamos los pies en el agua turbia del pantano, escondimos bajo la lengua la carne que no podíamos tragar y creímos que el sol era aquella bola gris resplandeciente en el

cielo difuminado por un calor que se pega. Un año más nos secábamos muy quietas en las tumbonas de rayas mientras el novio de mamá lanzaba el pollo sin deshuesar a los perros. Éramos niñas serias y atentas a las consecuencias y cuando él estaba delante de nosotras nos movíamos muy poco. Un año más observábamos la pelea de mastines de un lado a otro de la charca, despedazando el ave entre tirones, manchando de rojo el piso. Un año más estábamos allí, sí, pero habíamos crecido. Y ahora teníamos memoria.

Recuerdo la ciénaga en imagen fija: la piel comida de mosquitos, baños verdes en el agua que no fluye, vasos de vermú como ceniceros por todas las esquinas, mamá ajena en llamadas de teléfono, él y su torso desnudo y sus manos toscas, él y su mirada de reojo que supervisaba nuestros juegos. Pero recuerdo mucho mejor su sonido: un silencio condensado a punto de estallar.

No nos vamos a marchar porque él quiere quedarse, vos no lo entendés porque sos pequeña. Y mamá no sabe nada. ¿Cómo iba a existir algo que no supiese mamá? Cuando tienes seis años ella lo sabe todo. Yo no entendía a Yanina; de todos modos, le hacía caso. Es cierto que yo era pequeña, pero ella también. Mamá y su novio nos lo hacían saber a cada rato; no podéis, no vayáis, no sois lo bastante mayores. En el pantano no se concedían permisos. Vivíamos cercadas por la espesura de los juncos y según avanzaba el verano nos daba la sensación de que ganaban terreno y ceñían cada vez más aquella casa sin pulmones. Nunca supimos lo que era el horizonte.

Pero yo tengo un plan. Tenés que escucharme con atención. Repetí todo lo que te diga para que yo sepa que lo entendés, ¿*okey?* *Okey*. Y Yanina me pinchó el índice. A menudo resolvíamos cualquier tipo de asunto con pactos de sangre, sin embargo, por alguna razón enseguida tuve la sensación de que aquel era otra cosa, quizás más urgente, quizás más adulto, en cualquier caso, distinto.

Mamá nos dijo que dejaría la ciénaga unos días, se llevaba la furgoneta al sur para llevar a la feria alfalfa, pimienta y vino;

aquel año la cosecha había sido buena y estaba contenta. Ni siquiera en verano descansaba del trabajo. Nos explicó que volvería pronto, que nos llamaría una vez al día —después de cenar— para desearnos buenas noches. Nos recordó que teníamos que echarnos crema para el sol a cada rato, pero, sobre todo y siempre, que le hiciésemos caso a él. Él se quedaba a nuestro cargo. Mamá nos dio un beso en la frente. Ya la habéis oído, dijo él, y aquello pareció acelerar los planes de Yanina.

—Tenemos que hacerlo antes de que mamá vuelva. Si los dos vigilan, imposible.

—Tenemos que hacerlo antes.

—Mañana viene Matías a buscar lo que falta.

Matías era de las pocas personas que accedía a la ciénaga. Cuando la furgoneta de mamá no resultaba lo bastante amplia para transportarlo todo, él aparecía con su camión al día siguiente.

—Afirmativo. —Imitaba el tono de gravedad de las películas. Para mí era un juego divertido; no entendía qué pretendía Yanina, pero me hacía gracia tener de pronto una misión secreta—. Mañana viene Matías.

—Llega siempre a las nueve y enseguida se va.

—Enseguida se va.

—Va a ser cosa de un minuto: abre la valla, agarra los sacos y se larga.

—Agarra los sacos y se larga.

—Así que tenés que estar atenta y esperar escondida a que llegue.

—¿Esconderme?

No eran pocas las ocasiones en las que mamá se ausentaba para ir al mercado y nosotras conocíamos demasiado bien la secuencia. La frente o las mejillas fijas en la vidriera y en el fondo de las tripas la angustia como un alambre fino. Adiós, cariño, decía el novio de mamá, pero nosotras no podíamos decir nada. Los dedos de él nos caían rápidos y firmes, tamboreando en nuestros hombros con ese disfrute anticipado de

águila cercando ratoneras. Y mucho después, para cuando ya nos había arrancado de la cristalera, el vaho de nuestras bocas urgentes aún seguía desapareciendo con lentitud.

Comíamos muy poco en aquellas cenas, ambientadas apenas por las cigarras de los matorrales y el pin-pin-pin de los cascotes de cerveza cayendo vacíos en el cubo. Él echaba los restos de nuestros platos en el suelo de la finca y se divertía luego viendo cómo los perros intentaban quitarse de las encías los huesos astillados de pollo. En sus ojos siempre había un brillo ebrio y loco. Después, llegaba el baño. Conmigo no se demoraba. En cambio, cuando era el turno de Yanina, yo escuchaba desde mi cuarto cómo él corría el pestillo desde dentro del lavabo. Hasta mucho después no entendí bien qué encerraba aquel pasador. Sin embargo, aquel gesto me aterraba. Me hacía saltar en la distancia, desde mi cama, como si se tratase de un latigazo. Supongo que de algún modo lo sabía. Recuerdo que cerraba mucho los ojos bajo las sábanas como si pudiese así también evitar el sonido. Ese ruido seco y severo del pestillo tras el que Yanina volvía siempre ausente. Después pasaba días sin hablar y yo no le preguntaba nada. Tenía solo seis años, pero ya intuía que hay sensaciones para las que no existe una palabra.

—Recién meta el último saco, te subís al camión. Es fácil, atrás no tiene puerta.

—Me subo al tiro.

—Mamá siempre dice que el viaje para llegar al pueblo es más de una hora. No te podés dormir, ¿me escuchás?

—No me puedo dormir.

Cachi estaba a unos ciento cincuenta kilómetros del pantano. No sabíamos del pueblo más de lo que escuchábamos en las conversaciones. Entonces no estaba segura de si tenía mar o si había que ir más lejos para verlo, pero recuerdo que una vez mamá dijo que Cachi, en lengua quechua, significa sal.

—Cuando llegues le das esto a la primera persona que veas. —Yanina me tendió una nota manuscrita.

Un terracota perenne, una luz opaca y un aire que pesa: recuerdo la ciénaga como una segunda piel que jugábamos a arrancarnos. Cuando era la mejor clienta de Yanina eligiendo con esmero la fruta golpeada y cedida por mamá; cuando éramos marinas mercantes flotando a Sicilia, a la Antártida, a Perú, siempre de vuelta antes de la hora del bocadillo. Y, sin embargo, esta vez el nuevo juego de Yanina era extrañamente atrevido, extrañamente real. Ella me hizo recitar otra vez todos los puntos y me avisó de cuándo había llegado el momento de esconderme. Por suerte, Matías hablaba poco con el novio de mamá, apenas un saludo cordial, así que aquello no tomó demasiado tiempo, más o menos como Yanina tenía previsto. Pero ella no me dijo nada de aquel manto pegajoso de uva que me atrapó los muslos dentro del camión, de la pugna de mosquitos y arañas por los restos de verdura o de la necesidad de zafarme en cada curva del peso de los sacos sobrevenidos; y aunque el traqueteo fue para mí un barco peinando el agua del océano, aquella parte me pareció la menos divertida y pensé que se lo diría a Yanina en cuanto la viese. Puede que todo estuviese allí, en el trozo de papel que apretaba en mi puño y que yo entonces no sabía leer. Aunque ahora lo imagino, nunca pude saber con precisión qué decía aquella carta que convirtió la cara de todos los cacheños en una misma mueca a mi llegada. Recuerdo plumas salpicando el aire del mercado, un sol cenital atravesándome de pronto la cabeza como un eje y todo atestado de rostros que miraban como queriendo chillar algo. Y de repente también el de mamá. Y en él la misma expresión de ojos dados de sí. Y todas las caras mirándome a mí y mirando a mamá y mamá mirándome a mí y mirándolos a ellos y todos mirando la nota y mirándose entre todos y hablando sin parar y agarrándome por un brazo y por el otro, tanto y tan urgente y tan fuerte, que yo fui la única que de verdad gritó. Cachi está a ochocientos kilómetros de la costa y no había llegado al mar.

Tardé años en saber qué había pasado entretanto en el pantano. Un tiempo después fui lo bastante mayor para mamá, cuando las dos nos habíamos trasladado a España en lo que a mamá le pareció una distancia suficiente. Y entonces resultó inevitable conocer algunos detalles que tomaron en mi mente las formas más diversas. Mi imaginación modificaba a capricho el tamaño y la porosidad de la piedra, la tensión de la cuerda anudada, el aspecto y el olor de la piel inerte cuando permanece bajo el agua durante días, pero, sobre todo, mi imaginación jugaba con el sonido y reconstruía una y otra vez la intensidad de aquel pesado plof con el que Yanina quiso romper el silencio de la ciénaga.

En aquel verano de mis seis años, sin embargo, sí hubo algo que intuí en ese instante, nada más llegar a aquel mercado de rostros apurados y manos que me asían.

—¿Y vos qué vas a hacer entretanto? ¿No venís conmigo a ver el mar?

Cómo Yanina ya me había entregado sus días salados.

La ciudad cardinal

Tomaba vino tinto y observaba cómo pasaba el tren. Escribía sobre que tomaba vino tinto y observaba cómo pasaba el tren. Eso es todo lo que recuerdo antes de la explosión. Lo siguiente ya fue limpiarme los incisivos con la lengua notando el regusto metálico de la sangre. Y ni siquiera estaba ya en la cocina. Ya no había cocina. El escenario era esta misma carretera sin coches, hecha de gravilla y otras piedras que no le pertenecen.

No hay familias. No hay árboles. No hay casas. Supongo que sigo en mi ciudad, pero no la reconozco. En cualquier caso, tampoco la recuerdo. *Tienes que llegar a tiempo.* Todo es terracota, gris, a veces cian; depende del reflejo de este cielo sin matices con el que parece que tampoco se atreven las nubes. Veo restos metálicos, teja y hormigón, adoptando una silueta distinta a la de los objetos que fueron. Hemos vuelto a la esencia de los materiales porque todo ha sido destruido. O quizás se esté haciendo de nuevo, de otra forma; imposible saber si es este el final o el inicio y dónde está el cincel. Cada poco me miro las manos, las acciono en un gesto familiar que me confirma que esto va en serio. *Mientras puedas abrir y cerrar las manos significa que puedes avanzar: hazlo cada dos minutos.* ¿Avanzar o mirar mis manos? Anoto en el cuaderno: *date órdenes más claras.* Hay tanto eco que me aterra caminar por si alguien escucha mis pasos, aunque dudo que aún haya alguien aquí. Lo que está claro es que, de haberlo, me oiría seguro.

Me angustio y consulto las hojas rescatadas del cuaderno: *no hay nadie, estás sola*. No sé si es verdad lo que me escribí o si lo escribí solo para calmarme, pero igualmente me tranquiliza y continúo. Es agotador atravesar a pie el esqueleto de una enorme urbe pensada solo para los vehículos y tengo sed. A mi alrededor todo es horizonte: no recuerdo haber visto nunca un páramo tan abierto a la inmensidad. *No recuerdas nada*. Los escombros apilados esbozan, quizás, hogares antiguos, oficinas postales, estaciones, pero no me demoro demasiado en los detalles porque mis notas son claras al respecto: *no hay tiempo ahora para pensar en el pasado*. Aquí, donde quiera que sea aquí, solo se vive en presente continuo y avanzo. A dónde no lo sé, pero sigo con la esperanza de llegar a algún lugar donde sobrevivan construcciones en las que ocultarme y quizás beber agua. Ahora mismo esas dos expectativas son lo bastante interesantes como para mantenerme en marcha, abriendo y cerrando mis manos cada dos minutos, con la sensación de dirigirme hacia una gran boca abierta, a ritmo acompasado en este movimiento peristáltico. *Tienes que llegar a ella*. ¿Pero qué o quién es ella?

Me siento acechada a pesar de que la vista tan solo me devuelve un cementerio en quietud intacta. Y es que el miedo es un paisaje interior. Quebrantadas las señales en los cruces de caminos, a mi paso ya todo es periferia. Los agujeros de cemento, los restos apagados del neón de una farmacia, el cableado tendido en el piso como una culebra muerta: todo parece rodear un centro todavía muy lejano. Incluso el aire está tan detenido que observar las ruinas es contemplar su postal. Sin embargo, no me quito esta sensación de inminencia, de que algo está a punto de suceder y de que alguien, desde alguna parte, me vigila.

Quisiera correr, pero me vencen el cansancio y las heridas. ¿Me he revisado? Debería de hacer un inventario de daños personales. Quizás ya lo he hecho. Consulto una vez más las hojas quemadas de lo que queda de cuaderno; me tiemblan

tanto las manos que se me hace difícil ordenarlas. En efecto, ahí está: *cuatro dientes rotos, al tacto parece que tres muelas y un colmillo (es posible que hayas recibido un impacto por la izquierda); revisa el vendaje del muslo, corte de unos tres centímetros; la herida del codo derecho es superficial*. Palpo la camisa atada a mi pierna: la sangre ya seca. Me escribo: *no hay problema*. Y de inmediato me pregunto por qué razón pierdo el tiempo anotando circunstancias que pueden variar de un instante a otro. *No puedes recordar lo que no escribes*. Me respondo al releer mi cuaderno y, bajo la frase recién descubierta, añado: *Lo que no escribes, no existe. Escribe más a menudo*. Abro y cierro las manos; *sigue ruta*. Me introduzco entre el naufragio de asfalto apartando los cascotes más ligeros con mi pierna buena y, de pronto, descubro en el barro del camino que empiezo unas pisadas que fueron ya en la dirección que yo debo tomar ahora. Se me hielan las yemas de los dedos. Aquí hay alguien que me lleva ventaja.

¿No he hecho ninguna referencia a esto en el cuaderno? Reviso las hojas con violencia, tanta que estoy casi a punto de romperlas; nada por ninguna parte, soy idiota, por hacerme caso en todas estas frases entrecortadas por el fuego me dirijo justo a ponerme en peligro, ¡pues claro! Todo esto del cuaderno es una locura, sería preferible el pensamiento automático, debería de guiarme solo por impulso, puro instinto, obviar toda esta memoria traspapelada y fragmentada. Y estoy a punto de hacer de todas estas hojas una gran bola hasta que topo una nueva frase que me inquieta: *para cuando hayas llegado, tú ya estarás allí*. Ahora sí que estoy desconcertada y las llamas se han comido el resto. Por un instante pienso en dar la vuelta, me seduce la idea de regresar, hasta que me doy cuenta de que no existe el retorno cuando ya no hay origen. *Aunque no entiendas lo que sucede, continúa*. Me resigno: abro, cierro, sigo.

Por fin, a lo lejos, comienza a vislumbrarse lo que intuyo como un edificio. Quizás haya agua. El paladar pastoso celebra la posibilidad y agilizo el paso todo cuanto me permite la

pierna herida. En una de las ventanas hay luz: es lo más parecido que he visto a la vida en mucho tiempo.

Rodeado de dunas de yeso y ceniza, al otro lado de las vías del tren, el bloque iluminado es la única línea vertical de este paisaje durmiente. Aquí, donde los ladrillos cromados se improvisan como insólitas vigas que sostienen los restos de la erosión; donde los semáforos caídos ya no conceden turnos y las tablas de madera se desmayan al paso dejando un aspecto de obra inacabada, se origina esta ciudad naciente que habito a cada paso sin recordar el anterior, hecha de nuevas suturas y sin nadie que la piense. La ciudad estática es solo andamiaje. Pero aquí hay huellas recién hechas. Quienquiera que sea, ha venido antes que yo. Acaba de llegar. *Acabas de llegar*. ¿Dónde está? Examinó las marcas del terreno y compruebo aterrada que son idénticas a las mías; el mismo dibujo de mis suelas. *Son tus pisadas*. ¿Ya he estado aquí antes y no lo recuerdo? En el cuaderno no encuentro más que una indicación: *ve a la ventana*. Aunque por momentos mis propias órdenes me resulten temerarias, las obedezco a falta de una mejor opción; después de todo, en este lugar no existen instrucciones y prefiero el movimiento que la espera.

Me sobresalto cuando me acerco al alféizar y descubro a una persona en el interior de la casa. Está sentada de espaldas al ventanal, por suerte no me ha visto, parece concentrada en alguna tarea. Es increíble que su cocina haya permanecido intacta: hay platos apilados en el fregadero, pan cortado en la encimera, migas, un vaso mediado de tinto, cojines tapizados sobre las sillas de madera y un mantel. Y ella tan ajena. No sé si es consciente de lo que sucede fuera. Imposible dirimir si es esto un búnker o un milagro, solo veo que come algo y escribe en un cuaderno, tan extraña y en cambio... no. *Eres tú*. ¿Soy yo? Se vuelve, me veo a mí misma en mi cocina; veo que no estoy herida y parezco tranquila, me levanto para servirme más vino. Veo cómo busco un nuevo bolígrafo para seguir escribiendo en mi cuaderno, en este bloc que está ahí, en el inte-

rior de la cocina, impoluto, y, sin embargo, aquí es solo añicos en mi mano. ¿Cómo es posible todo esto?, busco ahora en mi libreta la explicación más necesaria, pero solo encuentro una advertencia ambigua: *rápido, ya no te queda tiempo, estás a punto de hacerlo*. ¿A quién no le queda tiempo, a cuál de nosotras dos? ¿Qué se supone que estoy a punto de hacer ahora? Y mientras dudo de si debería tocar la ventana y advertirme de este desdoblamiento o si, por el contrario, eso sería un grave error, escucho un ruido que me congela. Hay alguien más rodeando el edificio que corre hacia la puerta y asisto horrorizada a cómo la silueta enigmática inicia un fuego. Veo que mi yo de la cocina también acaba de percibir algo ahí fuera. Aquí fuera. Y ahora avanza hacia el alféizar. Ahora yo corro desde el interior a la ventana desde la que me miro y cuando la alcanzo nos encontramos los ojos, a uno y otro lado del cristal. Acciono mis manos una vez más, no termino de creer que esta situación sea real, pero ella me grita ¡abre! ¡Ábrele! Mientras a su espalda las llamas iluminan con violencia la cocina, trata de desbloquear la ventana y no puede. *Tienes que salvarla de la otra parte*. ¿De qué otra parte? ¡Abre, abre!, me grito desde dentro, pero veo que la sombra misteriosa corre hacia aquí y tengo miedo. Me oculto detrás de un saliente macizo de esta selva de piedra caída y logro que la figura pase de largo sin descubrirme. Me llama la atención su trote disruptivo: me fijo en que tiene un torniquete en una pierna. La herida no la detiene, sin embargo: la herida no nos detiene. Y entonces lo comprendo, me acabo de reconocer en nuestra huida. Antes de su escapatoria, puedo adivinar cómo se debatió, cerilla en mano, entre cuál de las dos opciones de aquel gesto primigenio. Y es que toda fundación implica un riesgo; pero entre abrir o cerrar prefirió lo primero.

La ciudad sobrevivida no soporta la memoria, para significar de nuevo necesita que la dejen ser solo comienzo. Entonces me levanto, continuando la senda que inicié fugitiva, estrenando un nuevo mapa a cada paso entre la escombrera